

ra, y el resultado fué precisamente todo lo contrario; mostróse siempre dispuesto á que la unidad germánica no llegara nunca á realizarse, y la unidad se ha realizado con Prusia á la cabeza; ha querido romper la alianza entre Prusia y Rusia, apelando á toda clase de medios, y esa alianza es cada día más íntima y estrecha. ¿Qué más? Napoleón III ambicionaba la posesion de Luxemburgo, y no solamente no la ha alcanzado, sino que se ha visto desafiado por su rival, que en pié de guerra se preparaba imponente y amenazador á defender esa pequeña parte de su territorio.

Tales son las contrariedades y desengaños que ha sufrido Napoleón III desde su malhadada expedición de Méjico. Cuando en ellos piense el César francés, cuando considere el juicio severo que la Europa ha formado sobre esta empresa, y el concepto que á los Estados de América merece hoy el poder y la grandeza de Francia; cuando, finalmente, reflexione sobre las grandes complicaciones por que atraviesa su imperio y en los inminentes peligros que le amagan por todas partes, no hay duda que la imagen y el recuerdo de los asuntos de Méjico, se presentará en su pensamiento como la causa fundamental de todos esos males, que si hasta hoy le han valido solamente la vergüenza y el desprestigio del mundo, pudieran más adelante ocasionarle otro género de desastres mucho más graves y trascendentales.

VII.
A Méjico en cambio se le presenta una nueva era, en la que ciertamente se pondrá término á las desgracias que por tanto tiempo y de una manera tan violenta lo han conmovido. Hasta aquí el espíritu reaccionario del clero, la oligarquía militar, la intransijencia y crueldad de los partidos, la ignorancia de las clases populares, el carácter discolo y turbulento, la falta de tradiciones que estrechen los ánimos y los impulsen en una direccion determinada, todo esto ha mantenido á los Estados de Méjico en continua agitacion, y en un estado de inmoralidad y corrupcion harto doloroso y lamentable.

Consecuencias de tan grandes males, eran la inestabilidad y falta de respeto que allí se

tenia al poder, á las autoridades, á las personas y á las cosas. De aquí nacia igualmente que la forma de gobierno variaba sin obedecer á otra ley que á la ambicion ó á la fuerza; los altos dignatarios de la República se sublevaban; los generales se vendian indistintamente á unos ó á otros partidos; el ejército carecia por completo de todo sentimiento noble y generoso, y Méjico en fin, — convertido unas veces en imperio, otras en República, obedeciendo algunas á la autoridad de varios jefes supremos, y á la imagen fiel de aquellos condenados del Dante, que cruzan y vagan sin cesar en una atmósfera vertiginosa, sin encontrar tranquilidad, ni alivio, ni reposo.

Semejante situacion ha por fortuna, si no desaparecido por completo de la República mejicana, mejorádose al ménos considerablemente, y colocado en vías de una solución inmediata, duradera y satisfactoria. Los elementos reaccionarios, que chocando con los liberales, han conmovido hasta aquí de una manera violenta la República, acaban de desaparecer para siempre; y los hombres y las ideas que han sido bastante poderosos para echar por tierra el imperio de Maximiliano, á pesar de la influencia de la nacion que le prestaba su apoyo, do serán igualmente para salvar la independencia y ventura de su país, con una organizacion poderosa y fuerte; y esta sería entónces la última crisis, el último contratiempo de la azarosa historia del antiguo imperio de Motezuma.

Si por desgracia así no aconteciere, la suerte de Méjico á nadie puede ocultarse. La intervencion de los Estados Unidos, y su proteccion durante los últimos sucesos, le ha librado de la opresora influencia del emperador francés, y le ha abierto, por consiguiente, el camino de su constitucion y de su prosperidad; pero si Méjico, insistiendo en sus intestinas luchas, nó pone fin al estado anárquico y lamentable en que ha vivido desde su independencia de la antigua metrópoli; si los elementos teocrático y militar continúan sembrando por todas partes las intrigas, las discordias y las guerras, firmes en su loca creencia, de que es posible que la reaccion se sobreponga al espíritu liberal y tendencias democráticas de toda la América;

Méjico tan digno de consideracion por su antigua grandeza como por sus recientes desgracias, pasará, á no dudarlo, á formar parte de esa gran potencia de los Estados Unidos del Norte, y será el primer país de raza latina que caerá bajo la dominacion de la raza anglo-sajona. Las consecuencias que de este acontecimiento pueden originarse para Europa, fácilmente se comprende que habrán de ser de la mayor importancia; y hé aquí, como en otro lugar hemos manifestado, lo que habia de grande y de previsor, pero tambien de impracticable, en la idea de Napoleón III al llevar á cabo la expedición de Méjico. Por una ley histórica que no es fácil determinar, la raza anglo-sajona en América no ha podido traspasar ciertos límites, marcados por multitud de circunstancias. Si la anexion de Méjico se llevará á cabo, aquella raza poderosa é imponente romperá sus antiguos diques, y no contenta con las estensas comarcas de la República mejicana, marchará quizá, fuerte con el éxito de su empresa, y animada por el crecimiento extraordinario de sus fuerzas, hasta el Estrecho de Panamá primero, y hasta el Cabo de Hornos más tarde, en pos de una dominacion que pudiera ser completa en todas las comarcas del Nuevo Mundo.

Esta tal punto es delicada y trascendental la cuestion de la República de Méjico. De ella depende, no sólo la salvacion de la República, sino el alejamiento de otros sucesos que influirían poderosamente en los destinos ulteriores de Europa. Cuanto se haga, pues, en favor de la pronta y sólida reconstitucion de Méjico, redundará en bien de este país y en el de todos los del antiguo Continente, disminuyendo por tanto de una manera proporcional la influencia de la raza anglo-sajona; y ante tales temores, ante un peligro que por más que esté lejano, no por esto pierde ninguno de sus grandes é imponentes caracteres, los Gabinetes de Europa tienen el deber sagrado é imprescindible de ayudar por todos los medios á la completa reconstitucion de la República mejicana. Si no hacen esto, si llevados del sentimiento de la venganza, indigno siempre de las almas nobles, quisieran renovar las escenas sangrientas en aquella parte del Nuevo Mundo, ó por el contrario, se mostrarán indiferentes y desdenosos en la suerte

que le pudiera caber, con lo cual, en vez de ayudar, entorpecerian la obra regeneradora, Méjico, no hay que dudarlo, desaparecerá como han desaparecido Tejas y San Francisco de California; pero con Méjico acabará tambien para el viejo Continente, la última esperanza de guiar y presidir el desenvolvimiento de los pueblos latinos en América.

CAPÍTULO IV.
Expedición de Méjico.— Fuerzas que la componian.— Toma de Veracruz y de San Juan de Ulúa.— Reclamaciones que por tales actos hicieron al Gobierno español los Gabinetes de Inglaterra y Francia.— Actitud de los mejicanos.

Las negociaciones entabladas entre los Gabinetes de Francia, Inglaterra y España, dieron por resultado, como hemos visto en los capítulos anteriores, la accion común de las tres potencias en el territorio mejicano. El Gobierno español, que para llevar las cosas á tal extremo, no habia perdonado esfuerzo ni sacrificio alguno, y que por otra parte creia haber alcanzado uno de sus mas gloriosos y brillantes triunfos, sin perder momento y sin esperar por tanto, á que se fijasen clara y definitivamente las condiciones con que debiera llevarse á cabo la expedición, dió orden al capitán general de Cuba para que aprestase inmediatamente, una expedición que se dirigiera á las aguas de Méjico. Allí debian reunirse las fuerzas de Francia y de Inglaterra, para exigir de comun acuerdo al Gobierno mejicano, satisfacciones cumplidas por los agravios que á unas y á otras naciones habia inferido; y desde el momento en que el capitán general de Cuba recibió la orden apremiante de su Gobierno, se dedicó sin levantar mano á preparar la expedición, quedando ésta en breve tiempo compuesta de fuerzas considerables de aquella isla (1).

(1) La escuadra que debia operar en Méjico y de cuyo mando se habia encargado el general Rubalcaba, se componia de 11 buques de guerra. Iban á bordo 5.000 hombres, 100 lanceros, 150 ingenieros con 60.000 sacos y útiles, escalas, etc.; 20 piezas de batir, 25 enfermeros y 25 obreros militares. Una y otra seccion llevaban uniformes sencillos y de muy buen gusto; los obreros tenian cada uno un cinturón de cuero, del cual pendia una cuerda

El 2 de Diciembre de 1861 salió del puerto de la Habana la division expedicionaria al mando del general Gasset, que iba á bordo del *Francisco de Asis*, y el general Rubalcaba á bordo del *Isabel la Católica*. Al amanecer del dia 4 se avistaron por estribor hasta trece velas, y á las nueve de la mañana se reconocieron todos los buques que componian la primera y segunda seccion de la division. A las cinco de la tarde de este mismo dia, dió aviso el vapor de transporte *La Habana*, de que habia sufrido averia en su maquina, y se dispuso que la remolcase el vapor *Velasco*

hada de seis varas de largo, y una hacha en unos, en otros un machete, un cuchillo, un martillo grande ó una sierra.

Los buques que componian la expedicion, que debia salir de Cuba en los primeros dias del mes de Diciembre, eran los siguientes:

Fragatas de hélice. Princesa de Asturias, con 50 cañones; Blanca, con 37; Berenguela, con 37; Petronila, con 37; Concepcion, con 37, y Lealtad, con 41.

Vapores de ruedas. Isabel la Católica, con 20 cañones; Francisco de Asis, con 20; Velasco, con 6; Blasco de Garay, con 6; Pizarro, con 6; Ferral, con 4, y Guadalupe, con 2.

Transportes de vapor de guerra. Ferral, núm. 3, Santa María y Marigulante.

Transportes mercantes. Cubana, Cárdenas, Maisi, Pájaro del Océano y Cuba.

Habia además cinco fragatas de 800 á 1,000 toneladas, destinadas al transporte de caballería, parque de ingenieros, etc.

La expedicion se componía de 6,000 hombres de tropa del ejército, y 4,000 de tripulacion y guarniciones.

Todos los buques de guerra llevaban montada artillería ayuda del mayor alcance, para cuyo arrastre iban 80 pares de bueyes, que en caso de necesidad servirian para raciones.

Además de los cañones que llevaban estos buques, habia otros 30 que armaban las embarcaciones menores de los buques, cuyo objeto principal era proteger el desembarco en caso necesario. Los cañones que montaban estas embarcaciones eran de 16 centímetros; y aunque de ménos calibre y más ligeros que los que formaban la dotacion de los buques, que eran de 32 á 68, eran en cambio de gran alcance y penetracion.

La organizacion de esta division expedicionaria era la siguiente:

Comandante general.—El mariscal de campo D. Manuel Gasset y Mercader.

Segundo jefe.—El brigadier D. Carlos de Vargas y Machuca.

CUARTEL GENERAL.

Estado mayor.—Coronel graduado, y teniente coronel D. Juan Vidarte y Bobadillo, jefe.

hasta incorporarlo á la escuadra para que fuese, como lo fué en efecto, reparada la averia á que habia dado lugar. Al dia siguiente, el comandante general de marina pasó á bordo del *Francisco de Asis* á conferenciar con el general Gasset, y se acordó que los buques que componian la tercera seccion, reforzados con la fragata *Concepcion* y el vapor *Blasco de Garay*, y al mando del *Francisco de Asis*, se adelantaran con rumbo á Anton Lizardo; mientras los otros buques de la escuadra, al mando de la capitana, vapor *Isabel la Católica*, siguieran á la vela, para no gastar el poco carbon que les quedaba, y que podrian necesitar más tarde para las operaciones de la guerra.

Plano mayor de artillería.—Coronel señor marqués de la Concordia, comandante.

Plano mayor de ingenieros.—Coronel D. Nicolás Valdés y Fernandez, comandante.

Justicia militar.—Auditor D. Juan Chinchilla y Diaz de Oñate.

Administracion militar.—Subintendente graduado comisario de guerra de primera clase, D. Baltasar Llopis y Caparrós, jefe y comisario del cuartel general.

Sanidad militar.—Médico mayor en comision, D. Joaquín Rosell y Tío, jefe.

Farmacia.—Primer ayudante en comision, D. Antonid Nicolau y Giron.

Gobernador del cuartel general.—Coronel de caballería, D. Juan Bautista de Pozas y Escanero.

Aposentador.—Capitan de caballería, D. José Chinchilla y Montes.

Conductor de equipajes.—Comandante graduado, capitán de infantería, D. Ramon Vieytiz y Velasco.

Ayudantes de campo del Excmo. señor comandante general.—Coronel graduado, teniente coronel de infantería, D. Rafael Alberni y Camo.

Teniente coronel graduado, segundo comandante de infantería, D. Juan Ozaya y Salazar.

Teniente, D. Aristides Santalis y Cambiani.

Teniente de infantería, D. Manuel Gasset y Alberni.

A las inmediatas órdenes del Excmo. señor comandante general.—Coronel de infantería, D. Hipólito Lorente y Rey, D. Luis del Riego y Pita con igual graduacion, un capitán dos tenientes y un subteniente de milicias de Puerto-Rico.

Ayudantes del Excmo. señor brigadier segundo jefe.—Capitán, D. Julian Vedia, y el teniente D. Francisco Brocchero.

Primera brigada.—Coronel de infantería, D. Francisco Aparicio y Pardo, jefe.

Ayudante de órdenes del jefe de la primera brigada, subteniente D. Manuel Sar y Caballero.

Segunda brigada.—Coronel de infantería, D. Vicente Diaz de Ceballos.

Ayudante de órdenes del jefe de la segunda brigada, capitán D. Eduardo Herrera.

Parque de artillería.—El comandante del cuerpo, D. Antonio Fernandez Cuevas.

Parque de ingenieros.—Comandante, el capitán D. Andrés Goitia y Goyeneche.

En los días 6 y 7 se pidieron noticias á todos los buques del estado de las tropas y de los acontecimientos de á bordo, avisando en algunos que habia varios enfermos de gravedad, y que el teniente del regimiento infantería de Bailén D. Balbino Izabal habia fallecido de un vómito de sangre en el vapor *La Cubana*, de cuya enfermedad murieron al día siguiente cuatro soldados. En la mañana del día 8, el vapor explorador *Guadalquivir*, que ya habia recorrido las costas, se incorporó tambien á la división, y á las once de la mañana del día 10 habian ya anclado todos los buques delante de Veracruz, pasando todos los jefes del ejército á saludar al general Gasset, y los de la marina al general Rubalcaba.

El 11 de Diciembre, el jefe de la escuadra española anunció á los capitanes de los buques franceses *Le Foudre* y *L'Ariadne*, anclados en la rada de Sacrificios, su intención de intimar al gobernador de Veracruz que le entregase la ciudad y el fuerte de San Juan de Ulúa, anunciándole que si en el término de veinticuatro horas no se recibía una respuesta satisfactoria, tomaría la plaza á viva fuerza: al mismo tiempo el jefe español aseguraba al comandante de *Le Foudre* que hasta la llegada del comandante en jefe de las fuerzas francesas, las tropas españolas tomarían bajo su protección á los súbditos franceses y sus propiedades, en todos los puntos que ocupasen del país mejicano.

Acordóse asimismo entre el general Gasset y el comandante de *Le Foudre*, que el cónsul de Francia recibiría anticipadamente aviso de cualquier ataque á viva fuerza que se proyectara contra la ciudad.

Que aun despues de la toma de posesion de Veracruz, en nombre de S. M. Católica, el comandante en jefe de las fuerzas francesas podría á su llegada hacer penetrar en la ciudad y en el fuerte, un número de tropas igual al que tuviesen los españoles.

Que las cantidades encontradas en las cajas públicas, así como las percibidas en las aduanas ó en las diversas administraciones durante la ocupacion española, serian verificadas por una comision mista, designada al efecto por los ministros de las tres potencias aliadas, y puestas en depósito hasta la llegada de los comandantes en jefe, sin que pu-

diera disponerse de ellas por ningun motivo.

Que ningun fuerte, fortificación ni establecimiento público sería destruido, á menos de absoluta necesidad, y por la precisión de la defensa.

Que el bloqueo establecido delante del puerto contra los buques mejicanos por el comandante español, no alcanzaria en manera alguna á los buques franceses, los cuales quedarian en libertad de fondear en los puertos de Méjico.

Que el comandante en jefe de las fuerzas españolas, aun posesionado de Veracruz, no avanzaria al interior, y no concluiría tratado alguno con el Gobierno mejicano sin participarlo al del emperador.

Y que todos los derechos de Francia le quedarian reservados, como si concurriese en realidad á la toma de la plaza.

III.

Aprobadas en todas sus partes las proposiciones del general español, envió éste un ultimatum al gobernador de Veracruz para que entregara la plaza y el castillo en el término de veinticuatro horas. El gobernador, que tenia órdenes de Juarez de no hacer resistencia alguna en aquel punto, ni en ningun otro marítimo á las fuerzas espedicionarias, porque la escasa marina de la República podría esponerlos á lamentables desastres, contestó desde luego, que se retiraria dejando en la ciudad al Ayuntamiento con una corta fuerza de policia y extranjeros neutrales armados, para conservar el orden hasta el último momento.

El comandante en jefe de las fuerzas españolas, dispuso al momento la salida para la plaza de Mocambo de los buques de vapor con intención de hacer el desembarco, que á causa del temporal no pudo verificarse sino en número de 1.800 hombres el día 17 de Diciembre. Al mismo tiempo bajaron á San Juan de Ulúa las brigadas de desembarco de *Isabel* y *Francisco*, compuestas de las guarniciones y gente de maniobra con sus oficiales y guardias marinas que ocuparon la fortaleza, tomando posesion de su mando el capitán de fragata D. Rafael Rodríguez de Arias, y de la capitania del puerto en comision, el de la misma clase D. Joaquin Ibañez.

VISTA GENERAL DE VERACRUZ.



Lit. N. Gonzalez, Madrid

MÉJICO.

A la primera campanada de las doce, y cuando ya estaba en la plaza el jefe de la expedición, general Gasset, se vió en Ulúa ondear el pabellon español, haciéndole los honores su nueva guarnicion marina, formada en el parapeto del Caballero Alto, presentando las armas y batiendo marcha. En el muelle y baluartes de la Concepcion y Santiago, se izó tambien la bandera, que fué saludada por 21 cañonazos.

Los medios de defensa con que contaba el castillo de San Juan de Ulúa, eran más que suficientes para haber hecho una formidable resistencia á las fuerzas expedicionarias, y el entregarse tan voluntariamente esta plaza, indica que el presidente de la República queria adoptar el sistema de guerrillas en el interior de Méjico, medio segurísimo de alcanzar más ó ménos tarde una victoria completa contra todo ejército invasor que en aquel territorio se presentase.

El tan celebrado castillo de San Juan de Ulúa ofrecia por las acertadísimas obras que en él se habian llevado recientemente á cabo, por su combinacion con los baluartes de las plazas, y más que todo, por la série de peligrosos arrecifes que lo rodean, impidiendo la aproximacion de los buques que intenten batirlo con ventaja, una resistencia que sólo á costa de muchos y grandes sacrificios hubiera sido posible vencer á las fuerzas españolas.

Después de haber sacado de aquella fortaleza toda la artillería de bronce, con la que habian fortificado los puntos más importantes del camino que hoy conduce á la capital, y 50 piezas de hierro que por no tener tiempo de arrastrar los mejicanos, habian dejado esparcidas en el muelle, en la ciudad y en el camino, se encontraron en el castillo 60 cañones de fundicion inglesa y belga, de calibres de 32, 68 y 80, y tres morteros con magnífico cureñaje del sistema giratorio, adoptado para la defensa de las costas de los Estados-Unidos.

Encontróse asimismo un repuesto extraordinario de municiones y de bombas de á 32, 68, 80 y 120, y 5.391 cartuchos de arma rayada, viéndose en la baja mar, en el foso que rodea á San Juan de Ulúa, gran número de granadas de 84 y 68. Al lado de la batería de San Miguel se encontró igual-

mente montada una batería de tres morteros de hierro de 14 pulgadas, ascendiendo el número total de piezas que podia montar la fortaleza á 196 (1).

Dueño el general Gasset de la ciudad de Veracruz, publicó una orden del día, manifestando que la mision comenzada por las tropas de su mando, sólo terminaria cuando se hubiesen vengado los insultos inferidos á la bandera española, y conquistado el afecto de los que en otro tiempo fueron sus hermanos. Al mismo tiempo dirigió una proclama á los habitantes de Veracruz, manifestando que España no llevaba allí ningun espíritu de conquista, y si sólo el deber de pedir el cumplimiento de los tratados, garantizar á los súbditos españoles el que no se repitiesen nuevos ultrajes contra sus personas, proteger á los habitantes pacíficos, y que los autores ó fautores de desórdenes serian entregados á una comision militar. «Mi mayor satisfaccion,—añadia,—será que el ejército, después de haber cumplido su mision, regrese á España con la seguridad de haber conquistado el cariño de los mejicanos».

Esta manifestacion prudente del general español, tranquilizó los ánimos de los ciudadanos de Veracruz, y en nada molestaron, por lo tanto, á los españoles que en són de guerra se habian allí presentado, pudiendo así esperar tranquilamente en aquella plaza la llegada de las escuadras inglesa y francesa, entretanto que el general Gasset se ocupaba en la reorganizacion de aduanas, correos, tribunal de comercio y demás ramos de la administracion.

IV.

Todas estas medidas que por sí y ante sí llevaba á cabo el general español, sin que para ello contase con las demás potencias aliadas, venian produciendo, sobre todo en Inglaterra, cierta agitacion que tomaba cada dia más serias proporciones. El Gabinete

(1) Las fuerzas españolas que se apoderaron de la ciudad de Veracruz, las componian 826 hombres del batallon del Rey, 786 del segundo batallon del mismo cuerpo, 862 del de Nápoles, 844 del de Cuba, 829 de cazadores de Bailén, 786 de cazadores de la Union, 34 guardias civiles, 20 ingenieros, 328 artilleros de á pié, 138 de montaña y 151 caballos del Rey, formando un total de 5.777 soldados, con 300 oficiales y 15 jefes, y de 247 caballos.

inglés manifestó, por boca de lord John Russell, que estrañaba mucho y sentia profundamente la precipitacion de los españoles para comenzar por sí solos las operaciones en Méjico, sentimiento que se hacia tanto mayor, cuanto que la Francia, por esta misma precipitacion de los españoles, trataba de aumentar su contingente en Méjico con 4.000 hombres.

El Gobierno del emperador, en efecto, queriendo llevar á cabo sus proyectos monárquicos en Méjico, se aprovechó de la falta, quizá involuntaria, del cumplimiento de lo estipulado en Londres por parte del Gabinete español, para dar principio á las operaciones en el territorio mejicano, y decidió aumentar el número de sus fuerzas para las operaciones en el interior de aquella República. Este pensamiento que lord Cowley, embajador en París, participaba á lord Russell, añadiendo que los oficiales franceses que marchaban á Méjico manifestaban en todas partes que iban á colocar en el trono mejicano al príncipe Maximiliano, por más que esto lo negase el ministro de Estado Mr. Thouvenel, no pudo ménos de inquietar al Gobierno de Inglaterra, dispuesto siempre á no intervenir jamás en los asuntos interiores de ningun pueblo, y mucho ménos á coartar en esta ocasion la libre manifestacion de los mejicanos.

Declaraciones tan elevadas y dignas de la nacion británica, fueron acogidas con aplauso en toda Europa, mientras que por otra parte escitaban la indignacion general, las manifestaciones de uno de los órganos de la prensa del emperador francés. Decia aquel, en efecto, que del exámen del estado de cosas de la República de Méjico, habia resultado en la diplomacia europea el pensamiento de establecer en aquel infortunado país, una monarquía constitucional en lugar de su deplorable y ruinoso Confederacion; que se habia pensado en constituir, en vez de una República imposible, una monarquía capaz de realzar la dignidad de los mejicanos, garantida por su Constitucion misma contra las tristes eventualidades que amenazaban el porvenir del país, y que ofreciera á las relaciones comerciales con el extranjero, las seguridades que faltaban entonces. «Algunos enviados de Méjico,—añadia el

citado órgano imperialista,—se han presentado á ofrecer la corona al archiduque Maximiliano, el cual ofreció aceptar desde luego, si tal era el voto de la mayoría de los mejicanos y la voluntad de la Europa.»

Las acusaciones al Gabinete español y al capitán general de Cuba por los Gobiernos de Inglaterra y Francia, á causa de la demasiada precipitacion con que los primeros habian dado principio á las operaciones en el país mejicano, se aplacaron en algun tanto con las esplicaciones dadas por el ministro de Estado español.

Decia éste, en efecto, que las causas no habian sido otras que ciertas interrupciones en los correos, que habian retrasado la llegada de las últimas órdenes del Gobierno á manos del capitán general de Cuba, en las cuales se le participaba que debian obrar juntas las escuadras de España, Inglaterra y Francia, con cuyo objeto habrian de reunirse, antes de su partida, en el puerto de la Habana; pero que el general Serrano, creyendo, segun los informes que tenia recibidos, que las escuadras se reunirían en Veracruz, y que las de Francia é Inglaterra partirían de sus puertos nacionales del 5 al 20 de Noviembre, y temeroso por tanto de que la escuadra española pudiera llegar tarde al lugar de la cita, dió sin vacilar la orden de que la escuadra española se diese á la vela sin esperar otras órdenes que las que ya se le habian comunicado.

Cualquiera que sea el valor de estas esplicaciones, que revelan al ménos una punible torpeza del Gabinete español, y con las cuales se contestó á las amargas censuras de Francia y de Inglaterra, es lo cierto que cuando llegó á la Habana la noticia de que la escuadra española debia esperar en aquel puerto á los aliados, ya se encontraba aquella á tres ó cuatro horas de Veracruz, en cuyo puerto creia reunirse con las de Francia é Inglaterra.

V.

Veamos cuál era entretanto la actitud de los mejicanos, y las disposiciones que sus representantes dictaban en contra de España, única nacion de que tenian noticia que se presentara en són de guerra en los puertos de la República.

Decíase que el Gobierno de Méjico estaba en vias de contratar un empréstito con los Estados-Unidos del Norte, para entregar á Inglaterra y Francia las cantidades de que les era deudor, en cuyo caso se alejaría todo temor de que estas dos naciones auxiliasen á España en la próxima guerra que amenazaba. Pero creyendo que la guerra no podría evitarse, el presidente y la legislatura de Méjico, cada uno dentro de sus atribuciones respectivas, se ocuparon con actividad y celo en preparar los medios de defensa. En tanto que se reunía el Congreso de la Union, la legislatura de Méjico dirigió su voz al país manifestando:

1.º Que declarada la guerra entre España y Méjico, sostendría con la fuerza de las armas el honor, la independencia y la libertad de la nacion.

2.º Que todos los ciudadanos del Estado, para resistir la agresion armada con que amagaba la España, tan luego como se rompieran las hostilidades pondrian á disposicion del Supremo Gobierno de la República, sin restriccion alguna, sus vidas y sus fortunas, para que las emplease en el sostenimiento del honor nacional.

3.º Que jamás consentiria en arreglo alguno que menoscabara en lo más mínimo los intereses de la República, y que si la libertad, la independencia y la reforma hubieran de perderse para los mejicanos, fuera entre los escombros y ruinas de la patria.

4.º Por último, que consideraba como traidor á la patria á todo mejicano, que directa o indirectamente auxiliase á los invasores, y pediría enérgicamente al Congreso de la Union que fuese puesto fuera de la ley y sus bienes confiscados para sostener la guerra que les amenazaba.

La Junta permanente de generales, por otra parte, mandada formar por el Supremo Gobierno, habia terminado y presentado al Gobierno el plan de defensa de la República para el caso de que fuera ésta invadida. El general Doblado se habia presentado tambien en Querétaro con intenciones de moverse sobre Sierra-Gorda para acabar con la reaccion, y estar listo para marchar adonde dispusiera el Supremo Gobierno. El gobernador de Querétaro D. José María Arteaga, habia por su parte dirigido una proclama enérgica

y entusiasta á las fuerzas de su mando. El ejecutivo del Estado de Méjico habia puesto á disposicion del Gobierno, para el caso de una guerra extranjera, 2.000 hombres organizados y perfectamente armados, que tenia en el distrito de Toluca combatiendo contra la reaccion, y le habia ofrecido otros 2.000 que por lo pronto se prometia sacar de los guardias nacionales de los distritos. El de Aguas Calientes habia dispuesto poner á disposicion del Supremo Gobierno un batallon de infanteria de 700 plazas, un escuadron de 100 hombres y tres piezas de artilleria, de cuyas fuerzas estaban ya en campaña, á las órdenes de Doblado, 200 infantes.

Los comerciantes mejicanos, llenos tambien del mismo entusiasmo por las glorias de la patria, habian hecho un empréstito de 300.000 pesos al ministro de Hacienda. Los habitantes de Tepeaca de la Rosa dirijian al Congreso una exposicion ofreciendo sus fortunas y sus personas en el caso de una guerra extranjera; y en la capital se presentaron como voluntarios á tomar las armas para defender su patria y su independencia hasta 10.000 ciudadanos. Tal era el espíritu que reinaba en Méjico, y tal el entusiasmo de aquella raza fuerte y vigorosa de brayos indios, que antes que perder su libertad y su independencia, estaban prontos á entregar sus fortunas y sus vidas.

Pocos dias despues de haber publicado su patriótico manifiesto, y de haber dado plenos poderes al presidente Juárez, el Congreso mejicano declaró terminada la legislatura el 15 de Diciembre de 1861; y en el mismo dia quedó constituido el nuevo ministerio de la manera siguiente: Relaciones exteriores, Manuel Doblado; Interior y Justicia, Jesús Terán; Guerra y Marina, Pedro Hinojosa; Hacienda, José Gonzalez Echevarria.

CAPÍTULO V.

El conde de Reus es nombrado general en jefe de las fuerzas expedicionarias á Méjico. — Llegada de éste y de las escuadras francesa é inglesa al puerto de Veracruz. — Ultimatum dirijido al Gobierno de la República. — Llegada de Miramón al puerto de Veracruz. — Su regreso á la Habana. — Conferencia del general Prim con el ministro Doblado en la Soledad. — Condiciones que en ella se estipularon.

Nombrado general en jefe de las fuerzas expedicionarias á Méjico el general D. Juan